

PARTE DEL EVANGELIO DE LA VIDA DE LA FECHA 17 DE ABRIL

DE CRISTO

20 de Abril de 1870

Después de haber dado el Salvador á sus apóstoles tan útiles y saludables documentos para que no perdiesen el mérito de sus buenas obras, como necesarios para que hiciesen con fruto su oracion, parece que se retiró algun tanto de ellos y se puso á orar. No pueden decirse ni aun comprenderse las inundaciones de luces que cubrian el rostro y el cuerpo sacratísimo de Jesús siempre que por medio de la oracion trataba con su Eterno Padre del importantísimo negocio de la salvacion de los hombres que habia tomado á su cargo: lo que observado atentamente por los apóstoles al levantarse el divino Maestro de orar, fué invitado por ellos para que les enseñase el modo como debian hacerlo; porque no dudaban de que en la oracion recibirian sus espíritus las luces y consuelos que necesitaban para llenar cumplidamente las importantes obligaciones que les imponia el empleo á que Jesús los habia elevado. Previnieron los deseos del Maestro, como que sabian que el hombre se hace digno de las gracias cuando las desea con fervor y las pide con humildad; y así le dijeron: Maestro, enséñanos á orar, así como el Bautista enseñó tambien á sus discípulos. Como el Señor vió la afectuosa sinceridad con que lo pedian, no difirió el concederles la gracia, y

CAPITULO VII.

DE LA ORACION DOMINICAL Y DE LA PUREZA DE INTENCION QUE SE DEBE TENER EN EL AYUNO.

Después de haber dado el Salvador á sus apóstoles tan útiles y saludables documentos para que no perdiesen el mérito de sus buenas obras, como necesarios para que hiciesen con fruto su oracion, parece que se retiró algun tanto de ellos y se puso á orar. No pueden decirse ni aun comprenderse las inundaciones de luces que cubrian el rostro y el cuerpo sacratísimo de Jesús siempre que por medio de la oracion trataba con su Eterno Padre del importantísimo negocio de la salvacion de los hombres que habia tomado á su cargo: lo que observado atentamente por los apóstoles al levantarse el divino Maestro de orar, fué invitado por ellos para que les enseñase el modo como debian hacerlo; porque no dudaban de que en la oracion recibirian sus espíritus las luces y consuelos que necesitaban para llenar cumplidamente las importantes obligaciones que les imponia el empleo á que Jesús los habia elevado. Previnieron los deseos del Maestro, como que sabian que el hombre se hace digno de las gracias cuando las desea con fervor y las pide con humildad; y así le dijeron: Maestro, enséñanos á orar, así como el Bautista enseñó tambien á sus discípulos. Como el Señor vió la afectuosa sinceridad con que lo pedian, no difirió el concederles la gracia, y

los instruyó en el mismo instante de lo que debian pedir á Dios; y de la fe, humildad y confianza con que debian pedirlo.

Quando os humilláreis con vuestros hermanos á la presencia de Dios para pedirle gracias y mercedes, debéis decirle con toda la confianza de verdaderos hijos: *Padre nuestro que estás en los cielos, etc.*

Colócase esta oracion la primera entre todas, porque á todas las demás aventaja y excede: á saber, por la autoridad del Maestro que la enseñó; porque fué pronunciada por la propia boca del Salvador; por la precision de los términos en que está concebida; por la suficiencia de las peticiones que contiene, pues comprende las necesarias para la felicidad de esta y la otra vida, y por la fecundidad de los misterios que encierra; por esto se repite tantas veces por la Iglesia en comun y por sus miembros en particular.

Ensánchase nuestro corazón cuando llamamos á Dios nuestro *Padre*, y llegamos á él con la confianza que un hijo llega al que le dió este ser. Este nombre amoroso mueve sus entrañas de misericordia y le obliga á prestarnos una cariñosa atencion. *Nuestro* le decimos, y lo es verdaderamente, no solo porque nos crió, nos mantiene y conserva, sino porque lo es tambien de un modo mas perfecto por la gracia de adopcion que nos mereció él mismo Jesucristo, por la que nos hace hijos de Dios y herederos de su gloria. *Nuestro* y no *mío*, porque aunque somos hijos de Dios con un modo tan admirable, ninguno lo es con la propiedad que Jesucristo Hijo de Dios vivo, que tiene la misma naturaleza que su Padre; y por esto él solo es el que con toda propiedad puede llamarle Padre *mío*. *Nuestro* en fin, quiere que le digamos aun cuando oramos en particular, para que en nuestra oracion tengamos presentes á nuestros hermanos y nos persuadamos de que todos no formamos mas que un cuerpo místico, cuya cabeza es el mismo Jesucristo que nos dió á su Padre por Padre nuestro.

Esta misteriosa oracion tiene ocho partes, á saber: La primera, la captacion de la benevolencia de Dios, á la que siguen siete peticiones. Esta benevolencia se granjea de la parte del rogado llamándole *Padre*, de parte de los que ruegan diciéndole *nuestro*, y de la parte de los que asisten continuamente á la presencia del rogado,

añadiendo *que estás en los cielos*. De Dios somos hijos por la fe; se nos dió por la caridad, y por la ayuda de sus cortesanos se reanima nuestra esperanza. *Padre*, en quien creemos; *nuestro*, porque nos ama y le amamos; *que estás en los cielos*, porque de él esperamos. ¡Oh, cuánta fe y cuánta confianza es necesaria para que la hechura se atreva á llamar al Hacedor, la criatura al Criador, el hombre á Dios. Jamás en la antigua ley permitió Dios que se llamara con este nombre. Hacíase llamar Señor, y trataba á su pueblo como esclavo; mas ahora quiere se le llame Padre, porque no quiere que le sirvamos con temor, sino con amor, porque somos hechos hijos suyos de adopcion por la sangre de Jesucristo, y podemos decirle con confianza: ¡Oh Padre mio! [1]. Así tenemos una seguridad de conseguir lo que le pediamos; porque ¿qué ha de negar á sus hijos el que antes de pedirle los elevó á la dignidad de tales? Desde el instante feliz en que á ella fuimos sublimados ya no tienen los ricos y poderosos de la tierra por qué despreciar á los pobres y humildes, porque todos tienen igual derecho para decir: *Padre nuestro que estás en los cielos*.

En el cielo está y en todas partes por esencia, por presencia y por potencia, y en todas partes está todo entero, porque es infinito, inmutable, omnipotente é inmenso; pero se dice *que estás en los cielos*, porque allí es donde hace una mas pomposa ostentacion de su gloria, y allí es donde nos tiene prevenida nuestra bienaventuranza, porque ella es la preciosa heredad de todos los que son llamados hijos de Dios.

Conseguida así y ganada la benevolencia divina, se dirigen á Dios en esta oracion siete peticiones, las mas conducentes á su gloria y las mas necesarias y provechosas para nuestro bien. La primera es que *sea santificado su nombre*; esto es, que sea conocido y reverenciado por santo por todas las criaturas del cielo y de la tierra. Que las que en la tierra vivimos, alcancemos y tengamos una vida santa como la tuvieron sus siervos y escogidos, que alumbre y vivifique todo el mundo, sirviéndole con tanto amor y temor, con tanta religion y vigilancia, que manifiesten nuestras obras la gloria

[1] Div. Augustin, lib. 12 de Serm. Dm. in mont. cap. 8.

de su nombre santo; que todos los corazones se unan para amarle, que todas las lenguas se junten para bendecirle y alabarle, y que todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno, doblen la rodilla para adorarle; porque él solo es el Dios santo, fuerte, omnipotente, y celoso de su honra y de su gloria.

Adviértase empero que cuando le decimos que sea su nombre santificado, clarificado y engrandecido, no hemos de pedir que lo sea en sí mismo, como si hubiera de sobrevenirle un nuevo título ó motivo de santidad, por ser esto absolutamente imposible; porque él es santo por esencia y naturaleza, y así es infinito y eternamente santo; sino que hemos de desear que su santidad brille cada vez mas en sus criaturas y en las obras que estas hacen; porque todas ellas deben hacerse á mayor gloria de Dios, como dice san Pablo [1]. Digna es por cierto esta oracion de aquel que antes que nadie podia llamar á Dios su Padre, y nada mas propio de tal hijo que interesarse por la gloria de su Padre Dios. *Sea santificado su nombre* en la conversion de los hombres; y al contemplar estos la hermosura del cielo, den gloria al que tan admirablemente hace resplandecer en ellos su virtud [2], y consérvese y confirmese en nosotros la noticia de la paternidad del Padre y de la generacion del Hijo por la fe, para que mas conocidos el uno y el otro, sean mas temidos, honrados y glorificados.

Venga á nos el tu reino: esto es, reinad, Señor, ahora por gracia en nuestros corazones; estableced en ellos vuestro reino; destruid en nuestro interior y en todo el universo el reino del demonio y del pecado; triunfad de todos vuestros enemigos, y reinad en nosotros con tan soberano imperio, como reinais en el cielo á la presencia de los ángeles. Reconozcan todos los hombres vuestro dominio, y sepan que vuestro reino no tiene límites y que su duracion no ha de tener fin. ¡Oh Padre eterno! Padre celestial y divino, creador de los ángeles y de los hombres, haced que las naciones que no os conocen se unan á nuestros adoradores, para que vivamos todos juntos en vuestro imperio y bajo el reinado de Jesucristo vuestro Hijo divino á quien enviásteis, hasta que llegue el dia que teneis destina-

[1] Div. Paul. Epist. 1.ª ad Corinth. cap. 10, v. 31.

[2] Div. Crisost. Hom. 20 in Math.

do para entrarnos en la posesion del reino celestial, que Jesucristo nos ganó con su pasion y muerte; diríjense á él todos nuestros deseos ya que nos compró en el precio infinito de su sangre; y reine en nosotros acá en la tierra para que después eternamente reinemos con él en el cielo; porque es imposible que con él reinemos en la gloria si no viene primero á reinar en nosotros por su gracia [1].

Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo: esto es; *haced*, Señor, que sean á vuestra divina presencia tan eficaces nuestros ruegos, por la union de los méritos infinitos de Jesucristo, que por ellos nos concedáis que todos los hombres, sin distincion de judíos y gentiles, se sometan con el debido rendimiento á vuestra soberana autoridad; y que como todos los ángeles os obedecen en el cielo, así se porten tambien en la ejecucion de vuestra santa voluntad todas las criaturas que viven en la tierra; unidos inviolablemente á vos, conformados con vuestros divinos preceptos, sirviéndoos sin culpa para que eternamente os gocen. *Hágase tu voluntad así como en los justos tambien en los pecadores*, para que se conviertan á tí, único Dios vivo y verdadero, y todos te obedezcan, en tí crean y de tí esperen todo aquello que les convenga; bien sea próspero ó adverso; firmemente persuadidos de que aquella es tu voluntad. *Hágase*, así como en el espíritu tambien en la carne, para que esta no se rebelé contra aquel, sino que como el espíritu bueno no te resiste, así el cuerpo no resista al espíritu, y ni uno ni otro á tí; para que aborrezcan todo lo que tú aborreces, amen todo lo que amas y cumplan todo lo que mandas.

Hacer la voluntad de Dios, es hacer todo lo que Jesucristo hizo y nos enseñó á practicar con sus doctrinas y ejemplos: humildad en la conversacion, estabilidad en la fe, modestia en las palabras, justicia en las obras, misericordia en nuestros hechos y deseos, moderacion en las costumbres, no injuriar á nadie, sufrir con paciencia las injurias, tener paz con los hermanos, amar á Dios porque es Padre, temerle porque es Dios, no preferir ni anteponer nada á Cristo porque nada antepuso á nosotros, unirnos inseparablemente á él por la caridad, estar junto á su cruz con confianza y fortaleza, y cuan-

[1] Idem. Ibid.

do se trate de su honor y de la gloria de su nombre, tener en el certamen constancia para confesar, fe entre los tormentos para resistir, y paciencia en la muerte para recibir la corona. Esto es, querer ser heredero de Cristo; esto es, hacer lo que enseñó é hizo Cristo; esto es, en fin, hacer y desear que se haga la voluntad de su Padre [1].

Hasta aquí nos enseñó Jesucristo á suplicar á su Padre todo aquello que á su mayor honra y gloria conducia; y después quiso que le representásemos nuestras necesidades, pidiéndole el alimento necesario para mantener la vida del cuerpo y la del alma, diciéndole: *El pan nuestro de cada día dánoslo hoy.* ¿Pero qué pan es este que quiere que pidamos todos los días á su Padre? No es solo el pan material de que cada día necesitamos para la vida del cuerpo, sino el pan espiritual que sustenta el alma, cuya sustancia es superior á todas las demás sustancias; el pan vivo que nos sirve de prenda, y después nos servirá de viático para la vida eterna á que aspiramos. Además de este pan espiritual, quiere Dios que con esta peticion le pidamos cuanto es necesario para nuestro sustento; y quiere que se lo pidan todos, pobres y ricos: los pobres, porque no lo tienen; los ricos, porque tengan presente que han recibido superabundantemente de Dios, de quien depende su conservacion, y que por lo mismo deben repartir lo sobrante con sus hermanos pobres; y que es bien le pidan, para que después no les falte. Todo lo que nos da Dios, bien sea por medio de la oracion, bien sea por medio del trabajo, no nos lo da solo para nosotros, sino para que lo partamos con los demás: así pues el que de lo que adquiere con su trabajo no presta ó da á los necesitados, no solo come su pan, sino el ajeno. A aquel da Dios pan que se lo adquiere con justicia, esto es, con un trabajo honesto; á aquel empero que se lo adquiere con el pecado se lo da el diablo [2]. Quiere Dios que le pidamos pan, no carnes ni pescados, ni otras cosas superfluas, sino tan solamente aquello que es para la vida necesario; lo que está bien significado por el pan; porque como dice el Eclesiástico [3], lo esencial para la vida del hombre es agua y pan.

[1] Div. Ciprian. tract. De orat. Dominic.

[2] Div. Crisostom. Hom. 14. Oper. Imperiet.

[3] Ecli. cap. 26, v. 28.

Dánosle hoy; porque nada podemos tener por nosotros mismos, á no ser que nos lo dé aquel que da de comer á toda carne; así al tomar alimento debe el hombre pensar que Dios es el que se lo da por su propia mano. *Hoy*; esto es, el que para hoy nos baste, porque ignoramos si á mañana llegaremos. ¡Oh asombrosa sabiduría de Dios y admirable providencia! que nos enseñó á pedirle solamente pan y solo para *hoy*; para que de un golpe se arrancasen de nuestro corazón la codicia, la avaricia y hasta la esperanza de vivir mañana; y en la gloria no se quitará el alimento espiritual á los que lo merecieron, el que consiste en la fruición beatífica de Dios, con la que se saciarán eternamente, según lo que dijo David [1]: *Quedaré plenamente saciado cuando se me manifestará tu gloria.*

Y perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Sabía bien Jesucristo que todos éramos pecadores; por esto, cuando enseñó á sus apóstoles á orar, intercaló esta grande é importantísima súplica en aquella oración, á fin de que el mismo bien que computgidos pedimos á Dios para nosotros, convertidos á su Majestad divina, lo pidamos también para nuestros prójimos [2]. Nos enseñó á orar, para que llamando á las puertas de la misericordia de Dios nuestro Padre, le pidamos el perdón de nuestras culpas y de las deudas que por ellas hemos contraído: el que nos prometió el perdón, nos impuso también una ley obligándonos á una condición, sin cuyo cumplimiento no solo no será oída nuestra súplica, sino que ella será nuestro fiscal en el tribunal de la divina justicia. Dios en cierto modo nos hace árbitros y jueces de nuestra propia suerte: de nosotros quiere recibir la medida de su perdón é indulgencia. Si nosotros somos prontos en perdonar á nuestros hermanos las faltas que contra nosotros cometieron, nuestro Padre celestial nos perdonará pronta y benignamente las que contra él hubiéremos cometido; pero si por desgracia nuestra fuésemos iracundos, vengativos é inflexibles contra nuestro prójimo, Dios lo será contra nosotros, y nos exigirá con el mayor rigor la paga de nuestras deudas [3].

[1] Ps. 16, v. 15.

[2] Div. Gregor. lib. 10. Moral. cap. II.

[3] Div. Ciprianus. Trac. De Orat. Dominic.

No nos enseñó Jesucristo á pedir primero perdón á su Padre, obligándonos nosotros á perdonar después de obtenido el nuestro, sino que quiso que el pedir el perdón y el ofrecerle nosotros fuese simultáneo; y así decimos: Perdonáme, Señor, como yo perdono; porque si así no lo hacemos, es lo mismo que si dijéramos: No me perdones, Señor, porque yo perdonar no quiero. Niégame, Dios, tu clemencia, porque yo la mía niego. No quiere Dios que lo aguardemos para después. Sabe su Majestad que todo hombre es mentiroso, y que si recibieren el perdón de su deuda antes de perdonar ellos, no perdonarían después: por lo mismo los que tuvieronla desgracia de ser ofendidos del prójimo, deben dar gracias al ofensor juntamente con el perdón de la ofensa, porque con tan poca cosa como le ofrecemos nos proporciona el ganar un tesoro inmenso de misericordia. Nuestras deudas son muchas y grandes á la presencia de Dios, y todas se nos perdonan por un pequeño perdón que demos. Ved ahí, exclama san Agustín, cuánto aborrece Dios el odio y la venganza que tenemos contra nuestros hermanos, cuando solo con la condición de perdonar las injurias recibidas nos ofrece el perdón de nuestras deudas [1]. San Anselmo añade: No tendrás indulgencia si no la dieres ó no la tuvieses con tu prójimo [2]. Y Séneca, aunque gentil, decía: Perdona siempre á los demás; á tí mismo nunca.

Y no nos dejes caer en la tentación: para que la carne no nos sumerja para siempre por los deleites con que nos tienta, el mundo no nos abraze por los deseos y el demonio no nos pierda por las iniquidades. Danos, Señor, la sabiduría para que no caigamos indiscretamente en los lazos que el enemigo de nuestra salud pone á nuestras almas: danos valor para resistir sus asaltos, para vencerle y ahuyentarle cuando claramente nos hace la guerra. No nos envíes aflicciones y calamidades que sean para nosotros ocasión de espantosas caídas, que puedan causar en nuestras almas el olvido de tu Majestad y de nuestras obligaciones. No permitas que nos veamos reducidos á miseria y necesidad tan extrema, que nos provoque á murmurar de tu bondad, que nos incite á la desesperación y que altere ó nos haga perder la fe: y ya que te complaces en poner

[1] Div. Agustín lib. 2.º De Serm. Domini.

[2] Div. Anselm. in Math.

la á prueba; por medio de la tentacion, nunca permitas que seamos vencidos por ella.

Mas libranos de mal. Amen. Es tal y tan grande nuestra flaqueza y miseria, que sin vos, oh Dios omnipotente! nada podemos; sucumbimos vergonzosamente cada dia y cada instante bajo el peso de nuestra propia flaqueza, y por todas partes nos amenazan muchos males: libranos, Señor, de todos ellos. De los de este mundo, en cuanto sea necesario para nuestra salud, y de los del infierno donde ejercita su poder el príncipe de las tinieblas, y donde no habrá ja más remision para el pecado ni consuelo para el pecador. Libranos del mundo, del demonio y de la carne; del hambre, de la peste y de la guerra; y de todos los azotes, bien sean temporales bien sean eternos, que una y mil veces hemos merecido por el abuso que hacemos de tus misericordias. Libranos de toda culpa, porque ella es el peor de todos los males; libranos de toda pena; de todo mal visible é invisible; de todo mal pasado, esto es, merecido por las culpas pasadas, y de todo mal presente para no incurrir en la pena futura, que es el mal futuro de que tambien deseamos que nos libres. *Amen.* ¿Y de qué servirá, Señor, que suplicándote la criatura diga *amen* al fin de sus oraciones, si tú mandando revestido de tu omnipotencia, no dices tambien *amen*, concediéndole todo lo que te pide? *Dí amen*, Dios mio, esto es, concedido está lo que me pides: *hágase, Fiat:* ¡Oh magnífica y eficazísima palabra! Con ella oh Padre eterno y sumo! creaste todas las cosas en el principio. *Dijiste, y todo queda hecho; mandaste, y todo queda creado.* Con esta misma palabra reparaste nuestra caída, cuando aquella purísima, santísima é immaculada criatura que elegiste para Madre de tu Hijo dijo al ángel que le enviaste: *hágase en mí, segun tu palabra.* ¡Oh palabra saludable! oh palabra omnipotente! oh palabra de admirable eficacia! oh Jesús mio, Verbo del Padre, palabra de vida y de consuelo, con'empla tú mi oracion, perfecciona mis palabras, dictadas y enseñadas por tí. ¡Oh dulce amor mio! oh dulce palabra! oh dulce *amen!* Hágase todo, Señor, segun tu voluntad.

¿Todavía después de esta oracion hizo notar Jesús otra vez á sus discipulos la obligacion que ella misma les imponia de perdonar á todos los que les ofendiesen, pues que sin esto no podian alcanzar el

perdon de sus culpas; porque Dios su Padre tenia resuelto tratarles de la misma manera que ellos tratasen á los demás; de modo que parece que en esta oracion hacemos pactos con Dios, y que si faltamos á lo pactado, no solo es meritoria ni fructuosa nuestra oracion, sino que se convierte contra nosotros. Tal es la ley que Dios impuso al hombre, y que el hombre se impone á sí mismo: ser tratado como tratase, y recibir gracia si la hiciere.

A la oracion y á la limosna añadió el Maestro divino el ayuno, que debe ser el compañero inseparable de aquella y como su principal fundamento. No consiste la felicidad del hombre en amontonar oro y plata, ni en acumular riquezas sobre la tierra; no es eso lo que atrae sobre su cabeza las bendiciones del cielo. Una oracion fervorosa, acompañada de la limosna y sostenida por el ayuno, este es el manantial de los méritos de una alma fiel y la llave de los tesoros de Dios. El ayuno, empero, tiene tambien como la oracion sus cualidades y condiciones. Cuando ayunas no imiteis á los hipócritas, cuya virtud no está en el corazon, sino en el semblante: no ayunes para manifestar vuestra austeridad en la atenuacion y palidez de vuestro semblante, y en la debilidad y flaqueza de vuestro cuerpo, sino para manifestar á Dios la humildad de vuestro corazon y el deseo de aplacar su justicia por la sincera y verdadera mortificacion de la carne. Soberbios aquellos, ambicionan la admiracion y aplausos de los hombres, publicando con un exterior triste y un aspecto macilento el ayuno á que se dedican para ser tenidos por virtuosos. En verdad os digo que los aplausos y admiraciones que consigan, serán todo su premio y recompensa: obtendrán la reputacion de hombres mortificados, pero ningun mérito tendrán para con vuestro Padre celestial; antes al contrario, por la pérdida simulacion que usaron, obtendrán la condenacion eterna que no temieron.

Obsérvese detenidamente la expresion con que el Salvador instruye á sus apóstoles, y se colegirá con facilidad cuán breve es y momentánea la alabanza que adquieren los hipócritas por su aparente y simulada mortificacion; pues dice: *En verdad os digo que ya recibieron su premio:* no dice reciben, sino recibieron; porque el gozo de su premio es tan pasajero y veloz, que casi nada tiene de

presente. Esto mismo había dicho Job [1] en medio de sus dolores, contestando á uno de sus amigos: *Una cosa sé, y es, que desde el principio, desde que el hombre fué puesto sobre la tierra, la gloria de los impíos dura poco y el gozo de los hipócritas no es mas que un momento.* Así que, cuando ayuneis vosotros para aplacar al Señor, ungid ó perfumad vuestras cabezas; lavaos bien la cara para que resalten los colores, para que no reparen en vosotros los hombres, y cuando os miren no adviertan la austeridad de vuestra vida; pero sabed que por mas que ocultéis vuestra penitencia y mortificación, vuestro Padre la descubrirá y verá; para él nada hay oculto, y premiará oportuna y largamente la piedad que anima vuestro ayuno, y la humildad con que procurais esconderlo. El Señor no prohíbe ni condena la tristeza de la penitencia por los pecados, sino la tristeza fingida para merecer los aplausos; y así como esta recibirá castigos, aquella merecerá premios, unos y otros eternos; pues dicho está por el sabio [2], que *Dios dará á los justos el galardón de sus trabajos.*

Después de tan graves y tan sublimes intenciones pasó el Maestro divino á no darles otra de no menos sublimidad ó importancia: tal fué el enseñarles á huir la terrible pasión de la codicia que tanto consume á los hombres llevándoles siempre afanados por adquirir y amontonar bienes en la tierra, señalándoles un caudal inagotable de libertad, no en las riquezas y en la abundancia, que no siempre hacen generosos á los hombres que las poseen, sino en el desinterés y en la pobreza misma, donde los que confían en Dios encuentran siempre el remedio de sus necesidades. No queráis, les dijo, juntar grandes tesoros en la tierra, porque los consumen la polilla, los roen los gusanos, y los ladrones los roban: atesorad tesoros para el cielo, ponedlos en manos de vuestro Padre celestial, depositadlos ó escondedlos en el seno del pobre y necesitado, y estad seguros de que allí, ni los consumirá la polilla, ni los roerán los gusanos, ni los robarán los ladrones. Bien seguro está en el seno de Dios todo lo que depositeis en la mano del pobre: los tesoros espirituales no los arrebató la mano sacrilega del ladrón; la caridad para con los hom-

[1] Job. cap. 20, vs. 4 et 5.

[2] Sap. cap. 10, v. 17.

bres recibe su mas precioso esmalte de la confianza en Dios; sobre todo, lo que dice san Crisóstomo [1]: *¿Qué diré de aquel mandato tan precioso por el que nos manda el Señor no atesorar tesoros en la tierra, lo que seguramente hacen muy pocos? No parece sino que al oír los hombres el precepto, todos lo entendieron al revés; y se dan tanta prisa en acumular riquezas sobre la tierra, que parece que se han vuelto locos y que están poseídos de un rabioso frenesí que de tal manera les pega á la tierra, que les hace olvidar enteramente el cielo. Conviértanse los bienes temporales, transitorios y perecederos, en bienes espirituales y eternos, y no haya miedo que se consuman ó desperdicien. No atesoremos, pues, bienes en la tierra que hemos de dejar un día para no volver á ella, sino en el cielo, donde debemos anhelar quedar para siempre.* San Gerónimo añade [2]: *Es una necedad muy grande esconder los tesoros en un lugar de donde hemos de salir, y no mandarlos delante nosotros á la patria donde siempre hemos de vivir.* Coloca, oh hombre! tus riquezas y toda tu sustancia allí donde tienes la patria. Y san Gregorio concluye [3]: *Los justos no quieren edificar ni atesorar riquezas en la tierra, porque se conceptúan huéspedes y peregrinos en ella; y como esperan gozarse en su propia patria, no quieren felicidades en la ajena.* Los tesoros en la tierra arrastran el corazón de la criatura hácia la tierra, y nada le permiten esperar del cielo y ni aun levantar la vista para mirarle; y para qué ha de levantar á él sus ojos el que nada tiene allí depositado [4]. No teniendo bienes sino en el cielo, allí estará siempre nuestro corazón: Dios será su dicha y su premio.

ORACION.

Padre nuestro, *excelso en la creación, suave en el amor, rico por tu eterna é inmensa heredad.* Que estás en los cielos; *espejo de la eternidad, corona de la alegría, tesoro de la felicidad.* Santificado sea tu nombre; *para que sea miel en nuestra boca, melodía en nues-*

[1] Div. Crisostom. Lib. De Compunctione cordis. tom. 5.

[2] Div. Hieronim. in Math.

[3] Div. Gregor. lib. 12 Moral.

[4] Div. Crisostom. Hom. 15 oper imperfect.

tro oído, devoción en nuestro corazón. Venga á nos el tu reino; feliz, sin mezcla de males; tranquilo, sin que jamás se perturbe; seguro, sin que haya miedo de perderse. Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo; para que aborrezcamos todo lo que tú aborreces, amemos todo lo que tú amas, y cumplamos todo lo que á ti te agrada y deseas. El pan nuestro de cada día dánosle hoy; á saber, el pan de la doctrina, de la penitencia y de la virtud. Y perdonanos nuestras deudas; esto es, los pecados que contra ti hemos cometido, contra el prójimo y contra nosotros mismos. Así como nosotros perdonamos á nuestros deudores; que nos ofendieron con palabras y obras, en nuestras personas y en nuestras cosas. Y no nos dejes caer en la tentación; del mundo, del demonio y de la carne. Mas líbranos de mal; presente, pasado y venidero. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo correspondiente al VI de San Mateo, desde el versículo 9 hasta el 21, ambos inclusive.

La Iglesia usa desde el versículo 16 hasta el mismo 21, como propio de la feria cuarta de Ceniza; uno y otro dicen así:

EVANGELIO DE SAN MATEO.

Capítulo VI, versículos 9 al 15.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Ved ahí el modo como habeis de orar. Padre nuestro que estás en los cielos: santificado sea tu nombre. Venga á nos el tu reino. Hágase tu voluntad en el cielo, así como en la tierra. El pan nuestro de cada día dánosle hoy. Y perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación. Mas líbranos de mal. Amen. Porque así perdonais á los hombres las ofensas que cometen contra vosotros, tambien vuestro Padre celestial os perdonará vuestros pecados. Pero si vosotros no perdonais á los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará los pecados.

EVANGELIO DE LA FERIA VI DE CENIZA.

San Mateo, cap. VI, vs. 16 al 21.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Cuando ayuneis, no os pongais caritistes como los hipócritas, que desfiguran sus rostros

para mostrar á los hombres que ayunan. En verdad os digo que ya recibieron su galardón. Tú al contrario, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava bien tu cara, para que no conozcan los hombres que ayunas, sino únicamente tu Padre que está presente á todo, aun lo que hay de mas secreto; y tu Padre, que ve lo que pasa en secreto, te dará por ello la recompensa. No querais amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orin y la polilla los consume, y donde los ladrones los desentieran y roban. Atesorad mas bien para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay orin ni polilla que los consuma, ni tampoco ladrones que los desentieran y roben; porque donde está tu tesoro allí está tambien tu corazón.

prenderlas el entendimiento humano, pero que eran indispensablemente necesarias para ilustrar y esclarecer su razon.

Es tu ojo, les dijo, la antorcha de tu cuerpo: si tu ojo fuere sano, sencillo y sin intencion torcida, todo tu cuerpo será luminoso; es decir, en todas tus intenciones y acciones se verá el orden metódico de la justicia y de la virtud, y todas ellas se dirigirán perfectamente á Dios. Pero si tu ojo se malea con algun humor extraño, esto es, con malas y depravadas intenciones, todo vuestro cuerpo será tenebroso, denegrido, feo, caminará entre densas tinieblas y en él no se verá sino la deformidad del vicio. Y si sucediese que las luces que se os han comunicado para ilustrar vuestras almas se oscureciesen, sumergiéndolas vosotros en la estimacion de los bienes de la tierra, ¿qué luz os quedará para gobernar los movimientos de vuestros apetitos y de la concupiscencia, que por su naturaleza son movimientos ciegos é impetuosos? Llevados de su furioso arrebato ¿tendreis valor para resistirlos? ¿Cuán grandes serán entonces las mismas tinieblas?

Toda esta bella locucion de Jesucristo es verdaderamente metafórica. El cuerpo mortal es aquí el retratado; pues así como el ojo material rige todo el cuerpo material y dirige las operaciones de todos los miembros, así el ojo moral, esto es, *la intencion*, dirige las varias operaciones del entendimiento á su respectivo fin, y por esto dijo: *Si tu ojo fuere sencillo*, esto es, si tu intencion fuese recta sin mezcla de simulacion ni de error, todo tu cuerpo será bello y hermoso, porque todas tus obras serán buenas y meritorias; de otro modo no procederian de una buena intencion.

Esta pureza de intencion debe guiar tambien al hombre en las cosas temporales: para esto le dió Dios la razon, que es la antorcha que ilumina el alma, la que encendió el soplo del Omnipotente; por esto le decia David [1]: Tú eres ¡oh Señor! el que haces lucir la antorcha que me alumbrá; ilumina las tinieblas que cubren y ofuscan mi entendimiento. Solo la razon ilustrada por Dios nos pone á nosotros y á nuestras relaciones exteriores en su verdadera claridad: si Dios no la ilustra, el hombre piensa y obra fuera de lo que á aquel

[1] Ps. 37, v. 29.

CAPITULO VIII.

DE LA CONFIANZA EN DIOS, Y DEL DESPRECIO DE LOS CUIDADOS DE LA TIERRA.

Después que el Maestro divino procuró arrancar del corazon de sus discípulos, no solo el apego de las riquezas perecedoras y el afecto á las vanidades de la tierra que cautivan el corazon, sino tambien la aficion á todo lo que es terreno, caduco y transitorio, representándose consumido y carcomido por el orin del tiempo y por el gusano de la instabilidad, quiso demostrarles que todo lo que ha de tener duracion, belleza y bondad, debe tener su origen en él y deramarse de nuevo en él, porque todo lo que no tiene Dios por principio y último fin, no es mas que vanidad, tormento y afliccion para el espíritu. Por las cosas temporales y terrenas se entienden no solamente las que tocamos con nuestras manos y descubrimos con nuestros sentidos, sino todo lo que refiere únicamente á la tierra y al tiempo, y todo lo que no se propone por objeto á Dios, en quien deben refundirse el amor y todos los afectos del espíritu. La razon es como la luz del alma, y la enseña á dirigir bien sus intenciones y á no proponerse en todas ellas sino un fin honesto: por esto el que dotó al hombre de razon, y es la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, añadió el discurso que pronunciaba á sus discípulos unas ideas tan sublimes que apenas puede com-

hacen solamente uno. Estos dos señores á quienes á un mismo tiempo no se puede servir, son los vicios y las virtudes, las cosas del cielo y las de la tierra, la carne y el espíritu, Dios y el diablo; porque como contrarios incitan cosas contrarias, y así es preciso amar al uno y aborrecer al otro: por esto, casi como declarando este pensamiento, dijo el Señor: *No podeis servir á Dios y á Mammon.* Dios es el que manda y ama la pobreza, la humildad, el desprendimiento y todas las virtudes. Mammon es el demonio que preside las riquezas y manda á los hombres ser ambiciosos; usureros, avaros; no porque él pueda dar ó quitar las riquezas, sino porque los tienta con ellas y les inspira su mal uso; y aunque no se puede servir á Dios y á las riquezas, puede sin embargo servir á Dios con las riquezas. Aquel sirve á Dios y á las riquezas que las desea y ama como á su último fin, que las retiene injustamente y que las guarda con codiciosa avaricia; pero no sirve á las riquezas aquel que las expende en obras de misericordia y piedad, que las distribuye con largueza entre los pobres y necesitados, y que se sirve de ellas como de un precioso instrumento para mejor practicar las virtudes. Dos señores se nos ofrecen, Dios y el diablo: el primero, nos manda é incita con premios á la misericordia; el segundo, á la avaricia: aquel nos conduce por el camino de la salud, este por el de la perdición; el uno nos ofrece la vida eterna, el otro la muerte y la eterna condenación: ¿á cuál de los dos deberemos seguir? A aquel por cierto que nos ofrece la vida; no á aquel que nos conduce á la muerte. Nada hay tan malo para el hombre como el separarse de Dios por el apego de las riquezas, así como nada tan bueno para él como el despreciarlas por unirse estrechamente con Dios. Las riquezas, dice Ambrosio [1], impiden á los malvados acercarse á Dios, y facilitan á los buenos el medio de unirse estrechamente con él; por lo que quiso el Salvador arrancar de nuestro corazón toda solicitud superflua y desordenada, diciendo que no habíamos de pensar en la comida ni en la bebida, ni aun en lo que habíamos de vestir.

Para obligarles y obligarnos á colocar nuestra esperanza en nuestro Padre celestial que está en el cielo, les dijo: *Fijad vuestra con-*

[1] Div. Ambros. Hom. 2 in Luc.

sideracion en las aves que vuelan por los aires; no siembran, ni siegan, ni tienen provisiones, ni graneros, y nuestro Padre que está en los cielos que es su criador y no su Padre, tiene cuidado de alimentarlas. ¿Y qué valen para con Dios las aves del cielo en comparacion vuestra, que no solo sois sus criaturas, sino tambien sus hijos? Mas ¿quién de vosotros puede con sola su industria ó inteligencia añadir un codo á su estatura? El hombre no se hizo á sí mismo; él es la criatura, Dios el criador, el Señor tendrá cuidado de su obra. Todas las aves del cielo crió Dios para el hombre, pero á este lo crió para sí mismo; y si á las aves y demás animales sustenta Dios para que sirvan al hombre, ¿podrá olvidar el sustento de este, criado para que le sirva á él [1]?

Tampoco por el vestido debéis afanaros ni inquietaros. Considerad los lirios del campo, ved cómo crecen, cómo se crían y mantienen, siendo así que no trabajan, ni labran, ni hilan; y sin embargo, yo os aseguro, que ni Salomon con toda su riqueza y gloria, con todo su fausto, ostentacion y magnificencia, se vió tan magníficamente vestido como uno de ellos; porque aunque el arte imite á la naturaleza, con todo, los artefactos nunca consiguen la perfeccion que alcanzan las obras de aquella; lo que prueba que aunque Salomon fuese un rey poderosísimo, nunca vistió tan perfectamente como las flores del campo, vestidas de hermosa variedad por la mano del Criador [2]. Y á la verdad, ¿qué seda, qué púrpura real ni qué belleza en los tejidos puede compararse con la hermosa de las flores? Vistió las yervas y las flores de tanta galanía y belleza, añade el Crisóstomo [3], para demostrar su sabiduría y la superabundancia de su virtud, á fin de que en todas partes resplandezca la hermosura de su gloria, y no sean solos los cielos los que anuncien, sino que tambien la cante pasmosamente la tierra. Si Dios, pues, á las flores y á las yerbas que hoy hermocean los prados y mañana arden en los hornos, adorna con tanta belleza, ¿cuánto mas prodígo será con vosotros, hombres de poca fe?

¿No es fácil de comprender toda la gravedad misteriosa que en-

[1] Div. Crisostom. Hom. 16 oper imperfect.

[2] Hieronim. in cap. 6 Math.

[3] Crisostom. Hom. 23 in Math.

cierran estas palabras salidas de la boca de aquel que es infinitamente sabio! Esto es como si les hubiera dicho: Si con tanto regalo sustenta Dios á las criaturas irracionales; si con tanta ostentacion y hermosura viste á las insensibles, que el mas rico y opulento rey que ha habido en el mundo, aun cuando quiso hacer ostentacion de su grandeza, no pudo igualar el adorno de una sola flor de las que andan tiradas por el suelo; ¿cuánto mas cuidará de vosotros á quienes dió sentido y alma dotada de razon? Para vosotros crió de la nada todas las cosas; ¿y ahora habia de olvidaros y abandonaros? Vuestra afanosa solicitud nace de vuestra poca fe. No engendre vuestro corazon una desconfianza criminal que os haga indignos de las bondades de mi Padre; arrojad en sus manos los cuidados que os aquejan, que siendo como es, infinitamente misericordioso, pródigo y veraz, nunca pejafrustradas las esperanzas de los que en él confian. No se oiga decir jamás en ofensa de su paternal vigilancia, ¿qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos vestiremos? estos cuidados son propios de los gentiles, que en Dios no creen ni esperan.

Tristísimo es que haya aun en el mundo gentiles y paganos que no conozcan á Dios, que le ignoren y que yerren, no reconociendo una Providencia gobernadora de todo el mundo, y que por lo mismo anden afanados por buscar de mil modos y por mil caminos lo que esperan conseguir solo por su industria y saber: no hay duda que este es un error muy funesto; pero no es extraño que incurran en él, porque al cabo no tienen fe, única medicina que cura radicalmente estas dolencias. Pero que esto lo hagan aquellos á quienes llegó la noticia de la excelsa sabiduría, poder y omnipotencia de Dios; que lo hagan aquellos que le conocen por la fe y que no pueden dudar que todo lo ve, dispone y ordena con admirable providencia y concierto; que lo hagan aquellos que le llaman Padre y le tienen por tal, y que aunque quisieran no pueden negarlo, porque todos los días reciben pruebas ciertas de que lo es; no hay duda de que mas que error, es una obstinacion atrevida, es una vileza de ánimo, es una ingratitud horrible que demuestra que en ellos no hay fe y que son de peor condicion que los gentiles.

Vuestro Padre, que no cierra sus entrañas de misericordia y amor

para sus buenos hijos, sabe que necesitais de todas estas cosas, y os las dará si vuestra infidelidad no os hace indignos de ellas. Porque es Padre vuestro, quiere, y porque es celestial, puede; y porque puede y quiere nos dará sin duda todo aquello que para nuestra salud convenga. Sabe el médico celestial lo que nos ha de dar para nuestro consuelo y lo que nos ha de quitar para ejercitar nuestra paciencia [1], puesto que ni aun el hombre quita sin causa la comida á su jumento. Si sabe pues lo que nos hace falta, porque todo lo ve y sabe, y quiere dárnoslo porque es Padre, y puede porque es omnipotente, no hay que recelar ó temer que nos falte su providencia. Conviene empero saber que por muchas causas nos abandona Dios al parecer, y nos falta lo necesario para la vida. La primera, por causa de nuestros pecados; la segunda, para ejercitarnos en la paciencia y en la virtud; la tercera, para castigar la importunidad de nuestra avaricia; la cuarta, para mortificar los deseos de la superfluidad que siempre nos acompañan; la quinta, para refrenar el abuso que siempre se hace de las cosas temporales, pues bien merece que Dios le castigue con la falta de lo necesario el que abusa de lo que tiene; la sexta, para humillar la ingratitud, porque es digno el ingrato de que se le nieguen todos los beneficios y consuelos; y la sexta, para que creamos que Dios nos da los bienes temporales no por un débito de justicia, sino por su buena voluntad, y que nos los quita cuando quiere, porque es soberanamente árbitro, y obra siempre segun los deseos de su corazon.

Prohibe Dios la solicitud que nace de la desconfianza y del temor, pero permite aquella que nace de la providencia y del trabajo. Prohibe la solicitud desordenada y superflua por la que se impiden y posponen los bienes espirituales, pero permite la solicitud moderada y necesaria segun las reglas de la recta razon, de la justicia y de la prudencia; y así decia san Pablo: Que cargaban sobre él las ocurrencias de cada dia, por la solicitud y cuidado de todas las iglesias [2]; y esta solicitud no solo se permite, sino que se manda, porque está fundada en la caridad. Hay una solicitud vituperable, otra tolerable, otra recomendable. El hombre debe ser solícito por las co-

[1] Div. Agust. Serm. 16 ad Fratres.

[2] Div. Paul. Ep. 2 ad Corinth. cap. 11, v. 23.

sas eternas, no por las terrenas; y esta solicitud encierra tres bienes, el celestial, el espiritual y temporal: al primero corresponde el don de la gloria, al segundo el de la gracia, al tercero los dones de fortuna: ¿y dónde hay padre que tenga valor para negar á sus hijos estos dones, si aun con la afanosa solicitud de lo temporal solo desean agradar á Dios? Por esto les añadió en seguida: *Buscad pues lo primero el reino de Dios y su justicia, que todas las demás cosas sin las que no podeis pasar sobre la tierra, se os darán como por añadidura.*

En este precepto nos dió el Salvador exprimida toda la sustancia y el meollo de la vida cristiana. Vosotros, dijo á sus apóstoles, y con ellos á nosotros, poned todo vuestro cuidado en la edificación de vuestra fe y en el ejercicio de las buenas obras, que os ha de abrir el reino de los cielos; este ha de ser el primero entre todos vuestros cuidados, porque si no todas vuestras buenas obras se harán sin concierto ni orden; y ya que con tanto afan procurais atender á las necesidades del cuerpo, tratad tambien de edificar en vuestra alma el templo espiritual de la justicia, donde more Dios como rey: así que, no se condena el trabajo ni la prudente solicitud que los hombres deben tener, condenados por Dios á comer el pan con el sudor de su rostro; condénase solamente el afan que sofoca la atenta vigilancia del espíritu para conseguir los bienes espirituales y celestes, puesto que el mismo Señor, á quien servian y ministraban los ángeles todo lo necesario, tambien permitia que sus discípulos tuviesen algun repuesto ó depósito para cuando les era necesario comprar vitualla; y esto lo permitió para dar ejemplo, é informar é instruir á su Iglesia. A esta regla pues redujo el Señor este grandioso precepto, á fin de que ninguno por la ambiciosa solicitud de los bienes temporales, pierda enteramente de vista los eternos. Cuando el hombre aparta su vista de Dios y la fija en la tierra, no es extraño que Dios se aparte tambien de él y le abandone. Quiere pues su Majestad divina concertar de tal manera las obras y los deseos de las criaturas, que ninguna de ellas se atreva á buscar otra cosa mas que la expansion de su santo reino, la honra de su nombre y la glorificación que deben darle en la tierra, como se la dan los espíritus bienaventurados en el cielo; para que así engrandecido y alabado, y buscado con

afan el reino de Dios y su justicia, gocen en la tierra de todos los consuelos, y en el cielo consigan el eterno premio.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, repartidor inefable de todos los bienes: concédeme que no me afane en atesorar los percederos del mundo, sino en amontonar méritos para recibir en el cielo los eternos. Vos sois el único é incommutable bien con que la fe nos convida; y ya que en vos creo y espero, no me negueis la gracia de que solo en vos, tesoro y riqueza mia, ponga mi corazon: desterrad de él el tirano cruel de la avaricia: no permitais, Señor, que elija yo servirle en competencia de un Padre tan dulce, tan benéfico y tan amoroso como vos. En los brazos de vuestra paternal Providencia me arrojo, con la firme esperanza de que no me dejareis perecer. Lejos de mí toda afanosa solicitud por las cosas temporales, y solo me acongoje el ver que no os sirvo con todo el fervor de mi corazon: fatigueme solamente la memoria de lo mucho que os he ofendido, y sean mis solos deseos llorarlas todo el resto de mi vida, para que cubierto con el hermoso candor de las virtudes y desnudo del asqueroso heno de los vicios que destinais al fuego eterno reineis vos siempre en mí, para que reine yo eternamente en el cielo. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo está comprendida en el VI de san Mateo, desde el versículo 22 al 23, ambos inclusive. La contesta san Lucas en el capítulo XII, desde el versículo 22 al 31, tambien inclusive.

La Iglesia usa del Evangelio de san Mateo como propio de la dominica XIV después de Pentecostés, y en el día de san Cayetano fundador, á 7 de agosto, desde el versículo 24 al 33.

EVANGELIO DE SAN MATEO.

Capítulo VI, desde el versículo 22 al 33.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: La antorcha de tu cuerpo son tus ojos. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado. Pero si tu ojo fuere malicioso, todo tu cuerpo estará os-

curecido. (n. 24.) Nadie puede servir á dos señores, porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó al uno sufrirá y al otro despreciará. No podeis servir á Dios y á las riquezas. Por esto os digo: No os acogoeis por el cuidado de hallar de comer para sustentar vuestra vida, ó de dónde sacareis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. ¿Acaso el alma no es mas que la comida y el cuerpo no es mas que el vestido? Mirad las aves del cielo como ni siembran, ni siegan, ni amontonan granos en las trojes, y vuestro Padre celestial las sustenta. ¿Por ventura, no valeis vosotros mucho mas que ellas? Mas ¿quién de vosotros, por mas que lo piense, puede añadir un codo á su estatura? Y por el vestido, ¿por qué os acogoeis? Contemplad los lirios del campo cómo crecen; ellos no trabajan ni tampoco hilan. Mas os digo que ni Salomon con toda su grandeza llegó á estar vestido como uno de estos. Pues si al heno del campo que hoy es y mañana es echado en el horno, Dios lo viste así, ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fe? No querais pues andar solícitos diciendo: ¿Qué comeremos ó qué beberemos, ó con qué nos cubriremos? Todos estos cuidados son propios de los gentiles. Porque vuestro Padre ya sabe que necesitais de todas estas cosas. Buscad pues primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán como por añadidura.



PROLOGO DE SAN MATEO.

Comienza el Evangelio de San Mateo.

CAPITULO IX.

CONCLUSIÓN DEL SERMÓN DE JESUS EN EL MONTE; CONDENA LOS JUICIOS TEMERARIOS, Y AMENAZA A LOS QUE ASÍ JUZGAN A SUS PLÓTIMOS.—DA ADVERTENCIAS PARA EL CONOCIMIENTO DE LOS FALSOS PROFETAS.—E INDICA EL EMPENO QUE DEBEN FORMAR LOS HOMBRES PARA ENTRAR POR LA PUERTA ESTRECHA DE LA VIDA.—CONSEJO PARA EL CUIDADO DE LA SALVACION.

Muchos autores clásicos de la vida de Cristo, entre los que debe contarse al reverendo Ludolfo de Sajonia, intercalan en este admirable sermón de Jesucristo, según lo refiere san Mateo, varias doctrinas que este no cita y se hallan esparcidas en los capítulos VI, XI y XII de san Lucas, y en el IV de san Marcos. No entraremos en polémica con ellos sobre este asunto á beneficio de la brevedad, valiéndonos para refutar la narracion de algunos de la incontrastable autoridad de los santos Gerónimo y Agustin; sino que admitiendo en ella lo que parezca mas justo, seguiremos sin desvío la senda marcada por el respetable varón que nos hemos propuesto por modelo.

Después que Jesucristo exhortó tan eficazmente á sus discípulos á depositar toda su confianza en la divina Providencia, prohibiéndoles, no el trabajo que nos manda, sino los cuidados que perturban, las inquietudes y la solitud que daña, y la desconfianza sobre las necesidades de la vida, ordenándoles que tuviesen cuidado de re-